

APALEADO POR LA PEREZA

Qué hacer cuando te domina el maldito “me apetece”

Antonio Pérez Villahoz

C^e
COBEL EDICIONES

Primera edición: junio de 2015

© Cobel

© Antonio Pérez Villahoz

ISBN: 978-84-943728-3-4

cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción	7
A todos nos tienta la pereza.....	9
La tendencia a la horizontal	13
¿Y qué tiene de malo la pereza?	17
Ir de “empanao” se ha puesto de moda.....	21
¡Es bueno tener que luchar!	25
¡El maldito “me apetece!	29
No hacer nada agota a cualquiera	33
Tener un horario no es pecado.....	37
Ser vago no es una vocación.....	41
El minuto heroico marcará tu día	45
El problema no es ver la tele... ¡el problema es no dejar de verla!	49
¡Ese sofá que te pide constantemente un abrazo!	53
No le tengas miedo a la palabra placer	57
¿Qué hacer cuando no te apetece estudiar?.	61
Quien estudia es feliz... ¡y además aprueba!.....	65
Sacarás todo diez... ¡pero eres un perfecto egoísta!	69
El excesivo interés por esforzarse solo en mis cosas	73
El móvil... ¿el mejor amigo?	77

Las trillizas más famosas: pereza-egoísmo-impureza	81
El campo es para quien se lo curra.....	85
La pereza siempre fusila los grandes ideales.....	89
La pereza y el verano... ¡Vaya mezcla!.....	93
El antídoto contra la pereza es hacer lo que toca	97
Ir de que “paso de todo” no es para estar orgulloso	101
¡Tú vales mucho más que tu pereza!	105
Cuando me importan los demás, la pereza deja de ser lo único importante.....	109
La generosidad no se lleva bien con la pereza	113
A Dios no se le encuentra en una vida entre algodones.....	117
Detrás de alguien que mejora hay un tipo cansado.....	121
La pereza de decirle a Dios que sí	125
En la vocación no existe la muerte súbita	129
Dios desea de ti que disfrutes... La pereza no tanto.	133
 ANEXO:	
Hablemos de Tibieza	137



INTRODUCCIÓN

Si al leer el título has pensado... “Uf, qué pereza leerme un libro ahora sobre la pereza...” entonces estas líneas te interesan... Todos tendemos a este hábito. Por eso, no debe extrañarte que a ti también la pereza te ataque tan continuamente. Así que no leas este libro como quien se cree el tío más raro del mundo, ni te avergüence que tantas veces seamos vencidos por este defecto que acaba produciendo tanto agotamiento... Más bien llénate de esperanza porque vas a descubrir que a esto también se le puede vencer... pero curiosamente se le gana no desde la tarima del que se considera un superhombre sino desde esa humildad de reconocer que uno es muy poca cosa y necesita mucha ayuda divina y alguna ayuda de los hombres.

Con estas líneas pretendo hacerte pensar sobre ti mismo, pero no desde la atalaya de la superioridad moral, sino desde el conocimiento de lo poco que valemos los hombres. Y es que la pereza siempre plantea las cosas de manera mentirosa: nos promete mucho pero luego no da nada... Bueno, sí que da algo: una vida vacía de ilusiones, una sensación de ser un desgraciado, un muy bajo concepto de ti mismo y como una incapacidad para querer salir de ahí... ¡Eso es lo único que a ti y a mí nos ha dado la pereza cuando nos hemos abrazado a ella!

Ojalá te sirvan estas páginas para llenarte de esperanza, para descubrir que precisamente lo que quiere Dios de ti es que disfrutes, es que seas muy feliz... y todo eso la pereza jamás te lo va a dar... ni hoy ni nunca. Si eres capaz de descubrir sus engaños, tendrás la batalla medio ganada. El resto es mucho más fácil, porque cuando uno sabe lo que quiere, cuando uno descubre que es bueno tener que luchar, la pereza se queda sin argumentos para engañarte con sus mentirosas promesas incumplidas.



A TODOS NOS TIENDA LA PEREZA

Recuerdo a un chico de apenas once años que acudió entre lágrimas a verme a mi despacho. Su desdicha era una tragedia para él... Su mejor amigo, otro renacuajo de su misma edad, le había traicionado... Llevaban meses con la ilusión de apuntarse juntos a un curso de vela y ahora, en el momento en que les tocaba dar el paso, su amigo le había dicho que “no le apetecía”. Su asombro era total, no entendía cómo después de estar convenciendo a sus padres durante semanas para que les apuntaran a este plan, ahora el otro se echaba atrás sin más razón que la esgrimida.

El chaval estaba que echaba humo por las orejas, me decía que ya no lo consideraba su amigo y

que ya no quería saber nada más de él... Le consolé como buenamente pude, le hablé de que un amigo es un amigo en los momentos buenos y en los malos y en que ya vería cómo lograba convencerle con un poco más de tiempo y de cariño. Ahí quedó la cosa, pero he de reconocer que me impactó el alto coste que entre dos amigos supuso que uno de ellos se dejara llevar por la pereza.

Y pensé entonces cuántas veces habría hecho yo lo mismo con los míos... cuántas tragedias en la vida de otros habrán ocasionado mis múltiples entonaciones del “no me apetece”... Y recordé, especialmente, cuántas traiciones a Dios consumí por el mero hecho de dejarme llevar por la pereza ¡Cuántos ratos de oración que no hice porque sencillamente no me apeteecía, o la cantidad de ocasiones que preferí mil veces mi comodidad que hacer algo por Dios y por los demás! Y contento estaría si pudiera escribir estas frases solo en pasado, pero desgraciadamente se dan cada día y demasiadas veces cada día...

Así que chico y su consorte, nos toca pelear mucho si queremos desarraigar de nuestra vida este maldito “me apetece” que nos atenaza a todos de continuo... A ti, a mí y a todo el mundo.

Eso sí, o nos convencemos que hemos de luchar valientemente contra este hábito tan común, o acabaremos, de verdad, apaleados por la pereza. No hay cosa que canse más que la comodidad.

De primeras todos tenemos como ese deseo por no hacer nada, por consumir el tiempo delante de nuestros ojos con una muerte lenta y dulce, pero cuando uno se abraza a este defecto, te acaba carcomiendo el alma, las ilusiones y las ganas de vivir. Por eso hay que luchar, porque nada grande se consigue con la pereza, porque nada que vale la pena se ha conquistado con actitudes comodonas y aburguesadas.

A todos nos encanta lograr alcanzar esas metas con las que soñamos, pero ordinariamente, detrás de algo que genera satisfacción duradera, hay sacrificio, empeño, lucha, sufrimiento... Por eso, por favor, que no te acobarde tener que luchar, porque es bueno tener que luchar, es bueno tener que sufrir y pelear por conseguir las cosas... es bueno, muy bueno, aunque eso canse. Y si no, que se lo pregunten a nuestras madres, que han tenido que pelear un día y otro por ti y por mí, que han tenido que sufrir de lo lindo por sacarnos adelante. Y a ellas, como a todo el mundo, no lo olvides, también les ha apetecido muchas veces no hacer nada, también han sido tentadas con ese ir a mi bola, ir a lo mío, seguir el me apetece..., pero menos mal que eligieron el camino menos cómodo, esa ruta que consiste en no dejarse llevar por el maldito “me apetece”... ¿O tú no piensas lo mismo?



LA TENDENCIA A LA HORIZONTAL

Llegas a casa cansado después de una excursión, agotado de subir metros y metros hacia el cielo, saciada la sed después de vaciar de la nevera esa jarra de agua fría que chorrea por los bordes gotas de rocío congelado, vas a tu habitación a coger el champú y el albornoz, y ves tu cama extendida gritándote ven conmigo y descansa... ¿qué harás entonces?

¿Entiendes ya por qué los hombres tendemos a la horizontal? Pues porque esa misma inclinación la tenemos no solo después de hacer un gran esfuerzo, sino también cuando llegamos del cole, o tras veinte minutos estudiando o cuando queremos ver un programa en la tele una tarde de sábado... La horizontal nos encanta, a todas ho-

ras y en todas las situaciones posibles. Es como una tentación insuperable imposible de vencer, y más cuando eres un adolescente y parece que es imprescindible que todos los días tengas que levantarte ya agotado.

Y esa misma tendencia te vuelve a atacar cuando llevas dos minutos en una silla y buscas esa postura de deslizamiento natural hacia el borde, o cuando te pones delante de un libro y te convences a los diez segundos que tumbado en la cama estudiarías mejor, o cuando es tu madre quien te dice que bajes la basura y entonces recuerdas mil cosas urgentes que tienes que hacer y entre las que no está ni por asomo el bajar a la calle la dichosa basura... Esa es la tendencia a la horizontal que ataca sin medida a todo hombre y mujer ¿Qué hacer entonces? ¿Seguirla o no? ¿Caer en sus brazos o luchar sin darle tregua a la pereza?... La respuesta teórica la sabes tú muy bien, pero la realidad te dice que eres demasiadas veces vencido, y que por eso las cosas van como van... ¿Pero qué hacer cuando esa inclinación ya es un hábito arraigado?, ¿cómo vencer cuando esa tendencia a la horizontal es tan atractiva y tan convincente tantas veces?

No te queda otra que luchar porque aquí no hay pastillas mágicas ni pócimas milagreras; solo hay buenas dosis de empeño por no dejarte embaucar por argumentos facilones que solo acaban, a veces, en tragedias para tu alma.

Una vez un buen chico me confesó que los mayores males de su vida los había producido la pereza. Si no estudiaba, era por pereza; si no peleaba más en los entrenamientos y en los partidos, era por pereza; si no se esforzaba en ayudar más a sus amigos, era por pereza; si le iba mal en procurar tener una vida limpia, era por pereza; si rezaba poco, era por pereza... Y acababa concluyendo: “Si en el mundo no existiera la pereza, yo sería un tipo espectacular”. Me hizo gracia su razonamiento, pero entendí que tenía mucho de verdad. Y es que la pereza destruye muchas cosas buenas y nos introduce en muchos mundos malos. Por eso hay que pelear, porque tú y yo valemos mucho más que lo que nos dice nuestra pereza.

Por eso, ni te preocupes ni te asustes por tener pereza, pero por favor, no te pongas una medalla en el pecho cuando dejes de hacer lo que tienes que hacer por culpa de la pereza, no pronuncies con voz orgullosa que algo no lo quieres hacer porque no te apetece como si eso mereciera un halago. A ti y a mí la pereza nos hace daño, mucho daño. No seamos tan frívolos o tan inmaduros como para imaginar que hacer siempre lo que nos apetece es algo bueno y algo que nos hará bien, porque ese es el camino más fácil y más directo para no abandonar nunca esa tendencia a la horizontal que a todos nos invade. Más bien ten la esperanza de vencer ese mal hábito, ten la ilusión de poner los medios para ganar todas

esas batallas que la vida te va a plantear. Ese es el único camino que nos permitirá salir vencedores. Porque convéncete que solo aquellos que de manera habitual luchan contra sus desganas saborearán la victoria de sentir que su vida está llena de sentido. Ojalá seas tú uno de ellos. Lo deseo para ti con toda el alma.



¿Y QUÉ TIENE DE MALO LA PEREZA?

Pues por eso de no enrollarse, te lo diré en pocas palabras: de malo lo tiene todo y de bueno no tiene nada. Resumiendo... ¡es todavía peor que un plato de acelgas!

¿Y por qué? Porque, aunque de primeras te cueste creerlo, la pereza lo que impide es que seas tú mismo... A nadie le gusta ser perezoso como a nadie le gusta ser ladrón o suspender todas las asignaturas de la evaluación (incluido el recreo). Otra cosa es que no luchemos y caigamos de continuo, pero nadie que sea medianamente normal desea ser vencido, y nadie desea ser vencido porque a él le gustaría ser de otro modo; ser una persona que estudia cuando toca estudiar, que ayuda en casa cuando toca ayudar, que no

cae en la horizontal cada vez que se le presenta la ocasión. Por eso la pereza, admitámoslo, tiene ese extraño poder de convertirnos justo en esas personas que no deseamos ser... De ahí que recordemos como horribles esas temporadas más o menos largas en las que hemos sido invadidos por la pereza.

Una vez conocí a un chico que era un portento del fútbol. Driblaba a sus rivales como si fueran marionetas, le pegaba a la bola igual de bien con la izquierda que con la derecha, tenía una visión de juego excepcional y tiraba las faltas que era una maravilla; todos le admiraban... pero su entrenador decía que no servía para jugar al fútbol. Afirmaba de él que era un perezoso y que prefería jugadores que lucharan cada bola, y no figurines de feria que te resolvían un partido mientras te hacían perder otros cuarenta. Por eso, hartado de que se paseara por el campo un día sí y otro también, decidió sentarlo en el banquillo. La bronca de los padres del equipo fue total. Sin él, perdieron los siguientes dos partidos, y la situación empezaba a ser insostenible. Una tarde se presentó el chico al entrenamiento y le dijo al místico que quería cambiar. A partir de ese momento estuvo tres semanas seguidas sin tocar un balón. Todo eran carreras, sprints, flexiones y más carreras y más flexiones. Hasta que el sábado siguiente lo sacó al final de la segunda parte. En solo quince minutos jugó como los ángeles, se pateó el campo de lado a lado, sirvió tres balones

de gol y metió él el cuarto de chilena y fuera del área... Al acabar, en el vestuario, el chico pidió la palabra y se disculpó por su actitud anterior delante de sus compañeros, y le dio al entrenador las gracias. Textualmente le dijo: “Usted me ha enseñado a ser yo mismo. El de antes era un engreído que estaba dominado por su apetencia y su vagancia”... Eso hace la pereza con todos nosotros. Nos embauca con promesas de felicidad hasta que nos tiene de tal modo atrapados, que ya no sabemos cómo salir de sus garras.

¡Cuántos y cuántas desearían mil veces no depender de esa droga del alma que se llama pereza! Te aseguro que es un mal que acaba marcando tu vida por entero. Nos conviene mucho tenerle miedo a este mal; no le quites la etiqueta de veneno a ese frasco de pereza que nos chutamos tantas veces como si fuera un refresco reconfortante... La pereza es eso... es un veneno que va matando poco a poco, que destroza ilusiones, proyectos, futuro, deseos de mejora, calidad de vida y amistad con Jesucristo. Lo corroe todo lentamente, pasito a pasito... hasta que un día, sin saber cómo, tú mismo te preguntas cómo has llegado a esta situación, cómo es posible que tengas tan pocas fuerzas para luchar, cómo demonios has caído tan bajo en tus estudios, en tu esfuerzo, en tus deseos de mejora. Y lo que es peor: cómo has podido alejarte tanto de ese Dios al hasta hace poco deseabas amar con locura... Y

será triste porque sabrás que ése en quien te has convertido es alguien a quien detestas. Y lo peor será descubrir que ese monstruo lo has ido construyendo tú solito, pasito a pasito, decisión a decisión... le has dado forma y vida cada vez que decidías seguir el criterio que marcaba tu pereza, eligiendo solo lo que más te apetecía y despreciando todas esas oportunidades de luchar que te iba brindando el día a día.

¿De verdad me vas a volver a preguntar qué de malo tiene la pereza?



IR DE "EMPANAO" SE HA PUESTO DE MODA

No te lo tomes a mal, ni pienses que quiero reírme de nadie, pero viendo como actúan muchos adolescentes de hoy, he llegado a pensar que ir de empanao, con cara de que no me entero de nada, se ha puesto muy de moda entre los jóvenes.

El empanao es el clásico tío buena gente que parece que vive en otro mundo. Le ves estudiando y da la impresión que está entablando un diálogo con las musarañas, las moscas y todo ser viviente o imaginario que deambula por su alrededor. Es incapaz de fijar la atención en algo concreto y se le pasan las horas sin que avance nada en la materia. Incluso hay algunos profesionales del empanamiento que se ponen a estudiar el control

de mates que creen tener al día siguiente hasta que descubren, y suele ser ya demasiado tarde, que el examen de mañana era de Latín.

Luego están los que nunca saben que tienen que hacer, los que viven en su mundo feliz y no toman conciencia de sus responsabilidades. No solo en su estudio, también son incapaces hasta de acordarse que el partido de este sábado no es en nuestra casa sino en el campo del máximo rival, que está a 20 Km. Y claro, llegan siempre tarde.

Y ese mismo empanamiento les hace estar como perdidos cuando les ves hacer un rato de oración, o en Misa o en una meditación. ¡No saben ni por donde les da el aire! Es como si tuvieran una falta de interés increíble por cualquier cosa. Y en algunos de ellos te aseguro que es un asunto que adquiere tintes de profunda preocupación.

Lo que el tiempo me ha enseñado, quitando casos verdaderamente patológicos que exigen un tratamiento médico adecuado, es que la mayoría de las veces, ese empanamiento es pura pereza, pero pereza ya tan adquirida, tan hecha propia, que parece parte del ADN de la criatura.

Y eso lo compruebas porque cuando el presunto empanao tiene que hacer algo que verdaderamente le interesa, entonces, como por arte de magia, ese embobamiento desaparece totalmen-

te. Y si le gusta el fútbol de verdad, sabe la hora del partido mejor que nadie y hasta cuantos goles lleva de cabeza el delantero del equipo contrario. Y si una asignatura le hace tilín, entonces se la empolla que da gusto, y si quiere ir con sus amigos de viaje, sabe perfectamente las cuarenta posibles combinaciones de tren y de autobuses...

Bien podríamos entonces definir al empanao como aquel sujeto que cuando algo le torra o no le interesa, se pone la careta de despistao, de que no me entero de nada, para así hacer siempre lo que le da la real gana, que suele coincidir con no hacer nada o con hacer aquello que le apetece... Es el viejo truco del abuelete que va de que está sordo para así decir que no te escucha cuando no le gusta aquello que le estás diciendo...

Lo mejor es reconocer las cosas como son... El empanao lo que necesita es poner buenas dosis de interés para llevar a buen término sus obligaciones. No esconder en su presunto empanamiento lo que es pura pereza y pura desgana.

Cuando en un viaje se reza el Rosario en familia, y uno no contesta en voz alta y anda callado en las Avemarías, no es porque está despistado... es porque le cansa rezar en voz alta y huye de ese sacrificio a base de hacerse el empanao.

Tal vez por eso, porque si me hago el empanao estoy huyendo del sacrificio de manera educa-

da, sea el motivo de que se haya puesto tan de moda... Eso sí, que sea práctica común entre muchos, no esconde la realidad de que el vino siempre es vino y de que la pereza siempre es pereza.



¡ES BUENO TENER QUE LUCHAR!

¡Estamos tan acostumbrados a escuchar frases del tipo “piensa en ti”, “tómate un descanso”, “date un capricho”, que decir que es bueno tener que luchar suena a frase de loco o de masoca!

Pues sin miedo a que cierres este libro aquí y ahora, deseo gritarlo bien alto: ¡es bueno tener que luchar! Y lo digo porque tú piensas lo mismo. Basta con que te pares a reflexionar un poco en ello.

¿Prefieres un diez en un examen fruto de tu esfuerzo o un diez por copiar del compañero? ¿Sientes la misma satisfacción al ganar un partido en el que has luchado a muerte, o prefieres rivales de dos categorías inferiores a los que me-

terles una paliza? ¿Deseas ser reconocido por el esfuerzo que realizas en la empresa que trabajas, o prefieres ser apreciado solo por ser el hijo del dueño que llega al curro tres horas más tarde que el resto? ¿Vale, de ordinario, para algo lo que se consigue sin esfuerzo, o aquello que se logra sin tener que luchar?

Clase de 2º de Bachiller de un instituto de pueblo. Llega mayo y la tensión se palpa en el ambiente. Se acercan los exámenes finales y todo el mundo está de los nervios (profesores incluidos). Paco y Ángela son vecinos de toda la vida y sus familias se conocen desde hace generaciones. Paco es un tipo listo pero más vago que un oso hibernando. Ángela, por el contrario, es huérfana de padre y tiene a su madre enferma. Cuida de sus otros tres hermanos y trabaja con su tío ayudándole en un pequeño local donde se vende de todo. Se levanta a las cinco de la mañana para poder estudiar. Va al instituto, y por las tardes (de 3 a 7) atiende ella la tienda. Luego cuida y da de cenar a los suyos. Se marcha a la cama agotada, pero se siente feliz y satisfecha... Paco tiene hartío a sus padres. Se pasa el día perdiendo el tiempo por las calles del pueblo y no da pie con bola en los estudios... hasta que un día Ángela se lo pilla por banda y le hace ver lo absurdo de su modo de comportarse. Paco le confiesa que bien lo sabe él, pero que ya se siente sin fuerzas para coger un libro. Ángela le propone ayudarle, y queda con él para estudiar después de acostar a sus hermanos. Paco va